

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16 »
Por seis id.	32 »
Por un año.	60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administra-
cion, dirigirse al Administrador D. Sebastian
Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis- tracion ó por comisionado. . .	24 reales.
Por seis id.	42 »
Un año.	80 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se
haya recibido en esta Administracion en letra
ó sellos de franqueo

GIL BLAS.

Los suscritores de provincia, cuya sus-
cripcion termina en fin de febrero, se servi-
rán renovarla oportunamente.

El modo más sencillo de hacerlo es por
medio de libranzas ó sellos de franqueo.

MELANCOLÍA.

Pero señor, ¿qué fué de aquellas sesiones famosas
del Congreso de los diputados españoles?

¡Cómo dejeneran las razas!

Desde la raza canina hasta la de los neo-católicos,
no hay una que sea, hoy por hoy, ni siquiera digna
de un abrazo en un balcon.

Esto, á pesar de la raza de los perseguidos, que está
en candelero.

Todo ha muerto en Madrid, hasta el Congreso.

Figúrense sus mercedes que el otro día tuve la
desdichada ocurrencia de asomar las narices á la tri-
buna de periodistas... ¡uf! la primera cosa que ví fué
el señor de Tejado (D. Gavino).

En seguida empezó á llover.

Yo creí encontrar una sesion animada, ó cuando
ménos, lo de costumbre; es decir, dos ó tres vulgar-
dades en boca de la mayoría, tres ó cuatro en boca de
la minoría, y tal cual ronquido por parte del público.

Pues no señor, ya no hay en el Congreso ni vulga-
ridades siquiera. ¡A qué estado hemos llegado! ¿Quién
no recuerda sin pena en el corazon y llanto en los
ojos, aquellos felices tiempos de Pidal y de Narvaez,
de Armero y Hoppe, y de otros talentos incompre-
sibles?

Entonces se podia ir al Congreso de buena fé.
Entonces se podia uno chupar los dedos de gusto y
decir con orgullo, poniendo la mano sobre cualquier
parte del individuo:

—Esta es la España de los Nocedales y de los Es-
tradas; de los Villosladas y los Cucos; de los Posadas
y de los Manguelas.

Hoy todo ha cambiado. El Congreso español está
frio.

Frio, sí, como que no hay brasero, ni calor de im-
provisacion.

Los comuneros de Castilla se han vuelto de espaldas
por no ver á Rios Rosas, desde que aprueba los pro-
yectos de ley de imprenta y de reuniones.

En fin, ¡hasta los porteros fuman de papel y no
oyen las sesiones!

¡Qué sesiones, Dios mio!

«En verdad os digo,» como decia un autor muy co-
nocido, que la cosa lleva malicia.

Oid lo que pasó el lunes en aquel centro... de gra-
vedad... cómica.

Comenzó la sesion por un verdadero aconteci-
miento.

El Sr. Catalina (D. Severo) se levantó y miró á to-
dos lados como el que va á decir una tontería.

El sol se oscureció, la tierra tembló, y los muertos
bailaron.

Al público le dió dolor de muelas.

Y dijo el sabio helenista:

—Anuncio una interpelacion sobre los documentos
diplomáticos entre los gabinetes de Madrid y Flo-
rencia.

Y dije yo para mí:

—Lo mismo que si anunciaras queso de bola recién
llegado de la fábrica.

El público se quedó estático.

Me iba á marchar y me detuve.

El Sr. Reina intentaba decir algo.

Y preguntó que por qué se habia nombrado cónsul
de Damasco á un jóven.

El ministro, que es práctico en géneros de damas-
co, y aun de percal, respondió de una manera digna.
No dijo nada.

Habló despues Moyano. Esto es lo mismo que darle
un feo á la Cámara.

Cuando habla Moyano no es posible estremecerse
ni sentir nada. En cuanto se le vé, se siente ya todo y
el alma se estremece.

El público comenzó á dormir.

A los pocos minutos la sesion tuvo el honor de imi-
tarme. Se levantó y se dió por concluida.

¡Ah! ¡tres veces ah! ¿Y es este el Congreso español?
¿Es este el Congreso de las cualas, y de las diferen-
cias, y de las reinas hembras?

¡Nunca!

¡El país ha muerto! Los hombres públicos desapa-
recen.

En el arte, como en la ciencia, no hay más que una
esperanza. Catalina y más Catalina.

Cero partido por cero. Dios sobre todos.

E. Blasco.

HACIENDO TIEMPO.

Siempre me ha desagradado el galicismo *hacer po-
litica*, y siempre me enamora el españolismo *hacer
tiempo*.

Ayuntamiento de Madrid

Y no experimento esas dos sensaciones tan contra-
puestas por motivos filológicos únicamente, sino por-
que encuentro en lo uno lo absurdo y en lo otro lo ra-
cional,—y podria demostrarlo.

Por de pronto los franceses, que dicen *hacer politi-
ca*, son los que más la deshacen.

Derriban una monarquía de derecho divino, ¿para
qué? ¿para constituir una república? No, porque calen-
tita, casi saliendo del horno y con la masa blanda, se
la entregan á Buonaparte, quien en cambio les entrega
una letra de su apellido. ¿Pero entregaron la repúbli-
ca á Buonaparte para que se hiciera consagrar y tu-
viesen un emperador elaborado en la turbulencia del
vivaque y de la *chanson á boire*? No, porque apenas
el corso se acostumbraba á decir Nos, llaman á la res-
tauración; y apenas restaurados, ya rabian por otro
deterioro, y de Carlos X se hastian y lo deshacen, y
piden la Carta y..... ¿Señores, esto es hacer política?

Nosotros sí que podemos decir que hacemos tiempo;
y me admira que Inglaterra no haya pedido que ex-
portemos á sus playas ese artículo de nuestra indus-
tria, que ellos llaman oro.

Registrad nuestra historia desde principios del si-
glo, y ¿qué hemos hecho?

Tiempo.

En otros países el súbdito anda ocupado, y siempre
oíreis decir á todo el mundo que no tiene tiempo.

Aquí, seguro está que nos aqueje dolencia semejan-
te: no hacemos otra cosa.

Desde que empezó la guerra civil hasta hoy día de
la fecha, España ha cumplido años, ha hecho tiempo y
nada más.

Se ha tratado alguna vez de darnos leyes liberales;
pero como para usar de ellas se necesita tiempo, he-
mos dicho: alto, no las promulguemos, hagamos pri-
mero tiempo, ya que gozamos del privilegio de hacer-
lo, y despues nos daremos el placer de hacerlas y gas-
tarlas de golpe.

Lo malo del caso es que á medida que el tiempo va
pasando, se mueran los que iban preparándose á go-
zarlas, y entretanto van naciendo otros españoles, pero
tan pequeñitos, que necesitan que pase más tiempo pa-
ra que puedan gozar de los beneficios de su libertad,
y éstos á su vez se mueren; que la viveza de nuestra
sangre no nos deja vivir los dos ó tres mil años que,
segun los doctos, há menester el hombre para poder
usar libremente, y sin peligro social, de los derechos ó
privilegios que el dios censo otorga á sus criaturas.

Cualquiera, mirando la cosa superficialmente, seria
capaz de creer que en España hacemos otras cosas,
por ejemplo, leyes contra la libertad de imprenta:
error.

Lo que hacemos es deshacerlas; ó si no, decidme,
¿dónde está alguna de las hechas?

¿Programas? ¿Es verdadero el cargo dirigido á nuestros políticos de hacer muchos programas? Es completamente falso é infundado. Incluso el de Manzanares, que llegó á ilusionar al mismo señor Nocedal, no podrá citársenos ningún programa hecho; al contrario, nosotros podremos enumerar diez mil que no hemos consentido que llegaran á ser más que deshechos.

Los españoles, fuera de algunos aficionados que van á los colegios electorales como se va á seguir monumentos ó á ver el niño gordo, no hacemos diputados, no hacemos senadores, no hacemos periódicos si el fiscal no nos ayuda,—no hacemos más que tiempo.

Años atrás aún había algunos que hacían testamento; pero ya eso va cayendo en desuso, porque casi no hay de qué.

Yo oigo decir que el progreso va cundiendo, que se propagan ideas... pero aquí, que por la Constitución está prohibido tener ideas sobre los fundamentos políticos, religiosos, sociales y militares de las sociedades humanas, nos queda todo el tiempo libre para... hacer tiempo; siendo lo particular, que así como en Francia las cosas hacen tiempo y los hombres no, en España las cosas no hacen ni tiempo siquiera y los hombres no hacen ni siquiera cosas.

Ello es, que llevamos más de medio siglo culebreando por entre los andamios de un edificio político, sin determinarnos nunca á tomar la gamella, y que cuando la nueva generación nos pregunte dónde ha de cobijarse, y qué hemos hecho, y cómo hemos empleado la vida, le enseñaremos con orgullo la historia de los generales, quiero decir, de los presidentes del Consejo, que, como es sabido, tampoco los hacemos nosotros, y contestaremos con orgullo:

—Los hijos de los héroes que dominaron el mundo, hemos estado haciendo tiempo:—ahí lo teneis, aprovechadlo.

R. Robert.

CONATOS.

Sentenciado estoy á muerte;
yo me río....
(ESPRONCEDA.—Cancion del Pirata.)

Esto está malo, muy malo,
vivimos sobre un volcan,
donde suele faltar pan,
pero nunca falta palo.

La situación se complica
y el carro al andar se atasca,
y todo el mundo se rasca
sin saber dónde le pica.

Todo se vuelven reproches,
y arreglos y economías,
y anunciar muy buenos días
y pasar muy malas noches.

Pero ¿quién toma esto en serio?
¿Pensaba usted,
que iba á hablar del ministerio?...
¿Pues pensaba usted muy mal!

Si un periódico sensato,
como suele suceder,
quiere atacar al poder
y saca los pies del plato;

Ya puede buscar dinero
para las causas corrientes,
y editores complacientes
que vayan al Saladero.

Allí como en salazon
se conservan más de cinco,
que penetraron de un brinco
y saldrán de un empujon.

La prensa está como quiere,
y tanto favor recibe,
que morirá si usted vive,
y vivirá si usted muere.

Mas ¿qué importan cosas tales?

¿Pensaba usted,
que iba á hablar de tribunales?...
¿Pues pensaba usted muy mal!

Ofrecer economías,
lo cual es mucho ofrecer,
cuando hay que satisfacer
ayunos de tantos días;
y alzar lo que destruimos
de la Europa ante los ojos:

Tal es nuestra ocupacion,
tal nuestro anhelo constante,
y así vamos adelante
tropezon tras tropezon.

Pero ¿quién echa una danza?
¿Pensaba usted,
que iba á hablar de la ordenanza?...
¿Pues pensaba usted muy mal!

Nadie puede presumir
en lo que esto ha de acabar,
pero ello es que hace llorar
y al mismo tiempo reir.

Riamos á lo unionista
de Nocedal y Escosura,
y de todo padre cura
que se meta á periodista.

Y si no, vuelvo á mis mañãs:
¿Pues pensaba usted muy mal!

M. del Palacio.

ALMANAQUE CÓMICO-POLÍTICO

DE GIL BLAS PARA 1866.

Un volumen de 64 páginas en 4.º á dos columnas,
con una magnífica cubierta.

Contiene:

Juicio del año, por Manuel del Palacio.

Los cesantes de la Corona, por Luis Rivera.

El camelo de la vita (ópera seria), por Eusebio Blasco.

El sueño de Novaliches, por Luis Rivera.

Memorias de un perro, por X.....

Canto polaco, por Luis Rivera.

Madrid en la mano, por Manuel del Palacio.

Los cafés de Madrid, por Eusebio Blasco.

Exámen, por el mismo individuo.

El casero del siglo XIX, por Luis Rivera.

Fragments, por Eusebio Blasco.

Os ví rabiár, por Manuel del Palacio.

Fábula, por Roberto Robert.

De golpe y porrazo, por X.....

Zodiaco ministerial, por Roberto Robert.

La corona, por Luis Rivera.

De una comedia inédita, por Eusebio Blasco.

Molicie, por Luis Rivera.

Contiene además *cuarenta y ocho dibujos*, por *Becquer*, *Perea* (Daniel), y *Ortego*; y grabados por *Bernardo Rico*.

Se vende en la administración del periódico, *Huer-tas 10*, principal, y en las principales librerías.

Precio en Madrid, CUATRO REALES. En provincias, CINCO, franco de porte.

UN DRAMA EN EL CEREBRO.

La escena pasa en la cabeza de un héroe.

En primer término ideas sueltas, pasiones encontradas, proyectos, cálculos. En el fondo memorias, recuerdos, preocupaciones, aspiraciones, tramas y enredos.

Oscuridad, confusion. Algunos inquilinos de aquel cuchitril hablan, como si tuvieran miedo. Otros murmuran ó rezan. Otros chillan como condenados.

El héroe se pasea por su cuarto, con aire inquieto. La péndola del reloj le hace el mismo efecto que si le dieran con un martillo en la boca del estómago.

Es de noche, y sin embargo, no llueve.

En la cabeza del héroe sucede algo; aquellos pícaros inquilinos están tramando algo contra el casero.

Mutacion de escena.

Interior del corazon. La sangre entra y sale con tranquilidad admirable.

EL CORAZON (*despertando*).—¿Cómo gritan esos zopencos arriba! ¡Aaaah! No me dejan dormir en calma. ¡Uy, estoy helado!

LA CONCIENCIA (*entrando*).—¿Sabes que ese hombre ha salido?

EL CORAZON.—¿Y á mí, qué?

LA CONCIENCIA.—Que va á hacer alguna cosa gorda.

EL CORAZON.—¡Bueno! Me vuelvo del otro lado; estoy hecho un carámbano. Hazme el favor de decir á los de arriba que no metan tanta bulla.

LA CONCIENCIA.—¡Mira que me comprometes!

EL CORAZON.—Déjame en paz. ¡Qué fastidio!

LA CONCIENCIA.—Pues señor, aquí es imposible vivir. ¡Huyamos!

(Se sale del individuo á toda prisa.)

Coro báquico en la cabeza.—Rumor de ronquidos en el corazon.—El cuarto de la conciencia se alquila.—La razon se baja á los talones.

Eusebio Blasco.

CROQUIS DE LA BOLSA.

Fuegos fátuos.

I.

—¡Victoria! ¡Victoria en toda la línea! ¡Hemos triunfado! ¡Tenemos crédito!

—¿Qué pasa, señores ministeriales, para tanto ruido y alegría tanta? ¿Han desaparecido las monjas y los frailes?

—¡Mucho más que eso!

—¿Han surgido de nuevo en los sótanos del Tesoro los raudales de oro y plata? ¿Se cambian ya los billetes del Banco sin premio?

—¡No, pero ¡¡¡ha subido la Bolsa!!!

—¡Hola, hola! ¿Qué me cuenta Vd.? ¿Y á qué es debido tan extraño acontecimiento?

—¡Pues ahí está la gracia; en que nadie lo sabe! Alonso Martínez, que, aun cuando él lo niega, es un gran economista, presentó á las Cortes sus proyectos de caducidad de créditos y liquidación de deuda flotante, y ¡nada! los pícaros bolsistas, erre que erre en que los fondos habían de bajar. Pero ahora, de repente, sin que nadie sepa una palabra, y de la noche á la mañana, se nos eleva el consolidado desde 37,65 á 38,50; la diferida desde 34,80 á 35,50 y las subvenciones de ferro-carriles de 71,90 á 72,50. ¿Quieren las oposiciones mejor testimonio del crédito, de la estimación, de la confianza que mereco el gobierno?

—Diga Vd., ¿y si bajase de nuevo?

—¡Ah! Entonces el país tendría que lamentar una vez más los infames recursos á que apelan los eternos enemigos del orden.

—Pero hombre, si las oposiciones son pobres, ¿cómo quieren Vds. que tengan dinero para hacer jugadas de Bolsa?

—¡Ríase Vd. de eso. ¡Sabe Dios en qué se habrán empleado los fondos recaudados para socorrer las víctimas del 40 de abril y del cólera! ¿No sabe Vd. lo que dijo Posada?

—Vaya, pues dígame Vd. en reserva, sin que nadie se entere, si hay algo de verdad respecto á las noticias que han corrido en los primeros días de la semana en la Bolsa. ¿Nuestra escuadra destruyó, en efecto, á los buques chilenos *Esmeralda* y *Covadonga*?

—No pongo en duda la noticia, pero... hasta ahora no se ha confirmado.

—¿Y es cierto que del extranjero han ofrecido mucho

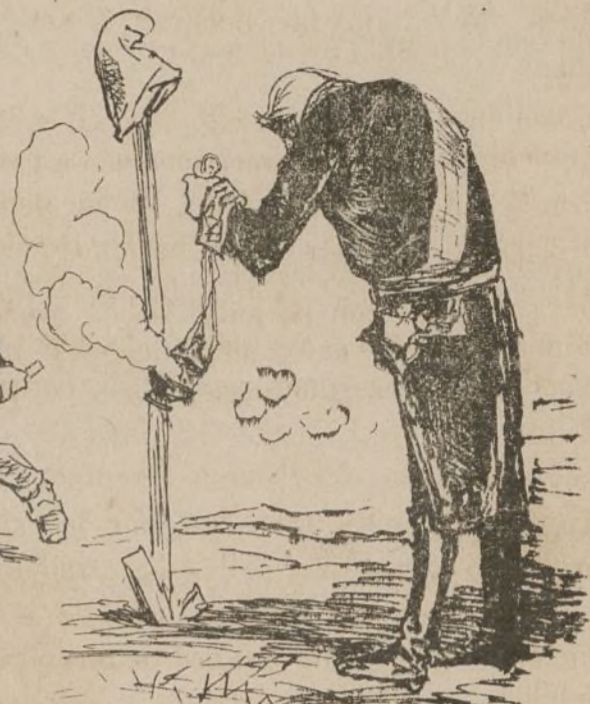
GIL BLAS.
EL DISCURSO DE LA CORONA, ILUSTRADO
POR SEM.



—La apertura de las Cortes es siempre un motivo de júbilo: sobre todo si se abren por Pascuas.



—Mi constante anhelo por la paz no ha sido inconveniente para que nos rompamos las cabezas con todo el mundo.



—Motivos especiales me han obligado a echar un poquito de incienso a la Revolución.



—Lo que no impide que bese el pie al primer sacristán que me salga al paso.



—El estado de la Hacienda es un poco climatérico.



—Pero dándole una nueva forma a los impuestos que los haga mas productivos.



—Y utilizando la gran masa de Bienes Nacionales.



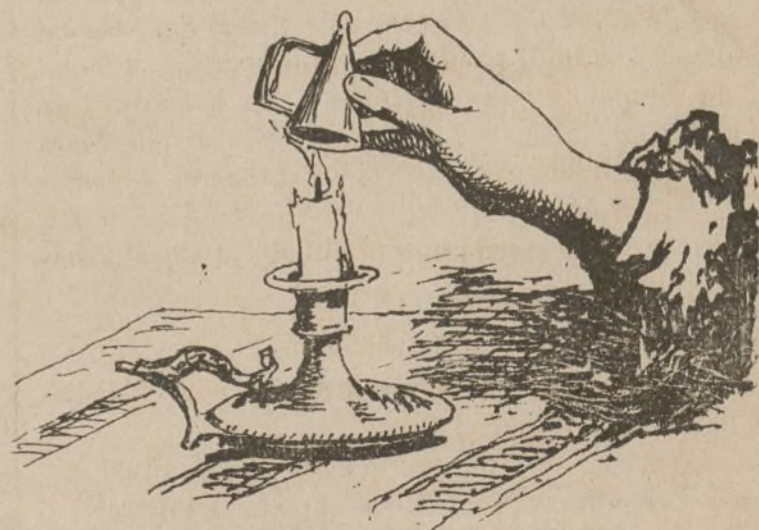
—Podremos si se hacen economías, convertir al país en una Jauja. ¡Música, música!



—Nuestra política tolerante sin ser servil.



—Antes puesta la vista en Dios digamos con el Ángel amen.



—Apaga y vamonos

dinero, pero mucho, á nuestro gobierno, y que se lo ofrecian á 5 por 100, siendo así que los descuentos en Londres y París están á 8 y 9?

—Hombre... creo que sí. Pero por la razon de que nos lo ofrecian más barato que allí estaba, no le ha convenido al Sr. Alonso Martinez, porque dice que algo tiene el agua cuando la bendicen.

—¡Les digo á Vds. que me va haciendo gracia la conciencia de este hombre! ¿Y á cuántos estamos de Banco hipotecario?

—Lo único que tiene de malo este negocio, es el recuerdo de lo que le sucedió á Salaverría cuando quiso fundarlo. Ya se acordará Vd. que nos costó á todos abandonar el presupuesto, y no estamos para bromas tan pesadas. Antes que apelar á este recurso, apoyaremos el arreglo de las cuestiones pendientes con los tenedores de deudas amortizables; que tambien es cuestion de ingleses, aunque no tan magna como la de certificados.

II.

La semana está finalizando.

Al entusiasmo ha sucedido la reflexion; tenemos, pues, un síntoma seguro de próximo abatimiento.

El ardor del lunes y martes ha quedado reconocido como un fuego fátuo.

Por lo demás, el papel sobre Barcelona, que el sábado anterior se pagó á 3 por 100 de beneficio, y que el lunes descendió á 1 ¹/₄, pero que ya ayer se buscaba á 2 ¹/₄, nos revela el secreto del aumento de precio en los fondos públicos.

Dispensadme, lectores; veo á un amigo de la situacion y me interesa hacerle una pregunta.

—¡Chit! Palabra.

—Manda lo que gustes.

R. Ros.

CABOS SUELTOS.

El Sr. Nocedal, con ese carácter de gallo inglés que le distingue como orador, pronunció el miércoles un largo, enorme, inmenso, eterno discurso en el Congreso.

Sobre todo, en la cuestion de Italia se despachó á su gusto.

Nos dijo, entre otras cosas, que todos tenemos derecho á intervenir en el gobierno de Roma, todos... menos los romanos, puesto que con ellos para nada cuenta su señoría.

Bien es verdad, que los romanos no deben tener interés alguno en Roma.

¿Se quejan del gobierno de los cardenales?

No saben lo que se dicen.

Aprendan del Sr. Nocedal á saber distinguir lo vivo de lo pintado.

Yo tengo la triste debilidad de pensar que á los romanos les va algo en la cuestion de Roma.

Vea usted, ni el Sr. Nocedal, ni el padre Cirilo, ni el obispo de Tarazona me hacen á mí tragar eso de que los católicos debemos unirnos para obligar á los romanos á vivir felices bajo el poder teocrático.

Siempre he creído que en esta cuestion, los romanos sabian más que el Sr. Nocedal, el padre Cirilo y el obispo de Tarazona.

¿Si estaré engañado?

Con el tiempo vamos á descubrir que los romanos son los únicos extranjeros de Roma.

Una vez reconocida la necesidad en que se encuentran los romanos de gobernarse á gusto nuestro, el Sr. Nocedal nos dijo que él y su hijo, que tiene veintidos años, sus compañeros de diputacion, sus electores y los habitantes de las provincias de Toledo y Navarra, estaban dispuestos á acudir á las filas de los soldados del Papa, si el Papa los llamase.

Vea usted de qué manera tan sencilla el Papa podia hacernos un gran favor.

Hallo muy ajustado á razon, que el Sr. Nocedal esté dispuesto á dar su sangre por el Papa.

¡Pero la sangre de su hijo, que tiene veintidos años!

¡Oh, inocente cordero, sacrificado al poder temporal!

Ser papista antes que español, lo comprendo, aunque con pena; ¡pero papista antes que papá!

¡Oh, vínculos sagrados de la naturaleza!

¡Oh, Guzman el Bueno de la Tarifa romana!

Esto es muy amargo. Voy á tomar un merenguito en la Dulce Alianza.

Si á cada semana pudiera llamársela con un nombre propio, la semana anterior podria llamarse semana de las grandes declaraciones.

Declaracion de Italia sobre los asuntos de Roma;

Declaracion de España sobre los asuntos de Italia;

Declaracion de neutralidad de varias potencias en nuestras cuestiones con Chile;

Declaracion de los Estados-Unidos sobre reconocimiento del imperio mejicano;

Y por último, y esta es la mas gorda, declaracion del Sr. Santa Ana hecha por *La Correspondencia*, segun la cual, dicho señor no tiene arte ni parte en la redaccion del colega noticiario, por más que, á imitacion del P. Claret, predique constantemente á sus redactores la humildad y la mansedumbre.

Se me olvidaba decir que GIL BLAS ha declarado tambien... en causa criminal.

Siempre se ha dicho que es noble defender al caido.

Así se explica por qué es noble el conde de Xiquena.

Despues que ha dado en tierra con el sentido comun, le defiende.

Dos diarios, liberal el uno y vicalbarista el otro, han tenido hace poco una cuestion que puede llamarse gramatical, pues versaba sobre palabras.

¡Lo que fuere... sonará!

¡Música, caballeros, música!

Voy á destapar el frasco de mi alegría, de mi dicha, de mi ventura, de mi felicidad. (Estilo del Sr. Rios y Rosas.)

Ha llegado á mí la nueva de un descubrimiento que me vuelve tarumba.

La Academia española ha celebrado sesion pública para adjudicar los premios á las novelitas *Riquezas del alma* y *Alfonso*.

¡Vaya dos obras!

Pero esto no es nada, en comparacion del discurso que pronunció el Sr. Fernandez Guerra, probándonos que el *Fuero de Avilés* no es el primer documento que tenemos en lengua castellana.

¡No, no es el primero!

Un contribuyente:—Pues aunque sea el último, á mí me tiene sin cuidado.

—Calle Vd., ignorante. Ese descubrimiento va á dar mucho que decir á las naciones cultas. Quédense para esa miserable república de los Estados-Unidos los descubrimientos materialistas de las ciencias; vapor, electricidad, galvanismo, ¿qué vale todo eso?

El *Fuero de Avilés* es una falsificacion posterior á *Las Partidas*, y anterior á los partidos; sépalo Vd.

¡Oh descubrimiento portentoso! ¡Venga, venga un ejemplar, y despues la muerte!

¿Qué importa que hayamos perdido la *Covadonga*? Las naciones cultas, gracias á nuestros cultos, van á hablar de nosotros con respeto, con envidia, con admiracion, con asombro, como diria el Sr. Rios y Rosas.

Eche Vd. y que no se derrame.

El Sr. Moyano presentó una enmienda en el Congreso, pidiendo en el presupuesto de gastos la rebaja de 300 millones de reales.

La enmienda fué desechada por una inmensa mayoría.

Meditemos:

¿No se puede economizar?

Sí señor; los ministeriales quieren economías.

Todos queremos economías, muchas economías.

El Sr. Moyano.—Pues vamos á economizar 300 millones, caballeros.

La mayoría.—Todos queremos economías, pero diremos á Vd., esa enmienda tiene carácter político, y luego Vd. dice las cosas de un modo.... porque no hay que darle vueltas; por un lado... pero por otro lado... En fin, yo no voto con Vd. aunque estoy siempre por las economías... ¡Vivan las economías!

Fulano de tal.—¡No!—¡No!—¡No!—¡No!—¡No!

El Sr. Moyano.—(Estoy lucido.)

D. Leopoldo.—(Ponte pálido si puedes.)

Se anuncia la publicacion de un nuevo periódico que se titulará *El Contribuyente*.

Si, como parece probable, apoya á la Union liberal, hubiera sido más lógico titularle *La Contribucion*.

El, la, lo, los, las.

Estos son los mejores artículos que hoy podemos ofrecer á nuestros suscritores.

Cantares.

Las orejas de Posada
son dos ramitos de flores,
si oyen tanto como abultan,
ya estamos frescos, señores.

Las penas que por tí paso
solo las sabe el fiscal
y el cajista que se traga
los suspiros de mi afán.

A Roma se va por bulas,
por buen tabaco á la Habana,
pero el que quiera c melos
puede acudir á Lamármora.

El amor que te tenia
tan firme y tan verdadero,
hoy está como la Bolsa
á diez grados bajo cero.

En una comedia que se ha estrenado hace poco, dice uno de los personajes:

—¡Siento que un coche se acerca!

¡No lo sienta Vd., hombre, que va Vd. á tomar un disgusto!

Me parece que seria mejor oírle.

Ayer se ha presentado un dependiente de la autoridad á decirnos, que habiendo sabido que habia en nuestra redaccion gran número de *cabos sueltos*, era indispensable que se presentaran en seguida en sus respectivos puntos.

El hombre público vi,
y digo sin chancearme,
que es el único hombre público
que no ha hecho reír á nadie.

—

¿Conocen Vds. á *Don Genaro*?

¿No es verdad que no se ha debido tratar nunca con *Don Tomás*?

Y eso que son parientes por parte de padre.

¡Qué familia!

En el baile.

Quien te conozca, te compre,
dice un antiguo refran:
¡Ay, máscara de mis ojos,
quién te pudiera comprar!

Dice un periódico, que la fuente de la Red de San Luis «va á desaparecer lentamente.»

¡Hombre! ¡Le voy á ofrecer el brazo!

D. José.—Es necesario que se ponga otro cubierto en la mesa.

D. Leopoldo.—¿Para quién?

D. José.—Para el nuevo periódico unionista, *La Ley*, que saldrá pronto.

D. Leopoldo.—¿Ha olvidado Vd. que yo no entiendo de leyes?

D. José.—Pues por lo mismo. Lo único que nos faltaba era *La Ley*.

D. Leopoldo.—Yo creia que nos sobraba.

Atienda Vd. al golpe:

Dos mujeres de *cierta opinion* se disputaban el cariño de un millonario.

Eligieron sus padrinos y se batieron á pistola.

Una vez en el terreno, los testigos declararon, despues de dos tiros al aire, que el honor de ambas estaba satisfecho.

Y yo pregunto:

—¿Qué honor, ni qué niño muerto?

EDITOR RESPONSABLE, D. SANTOS SALMERON.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 12.